



CARLOS SÁNCHEZ,  
PERIODISTA

## La otra pobreza que no se ve

La pobreza –desgraciadamente es así– suele entenderse únicamente como consecuencia de la falta de recursos materiales: vivienda, salud o alimentos. De hecho, la propia figura de la limosna (el primer instrumento social creado específicamente para combatirla) nace para paliar esas necesidades básicas de la población. La limosna constituyó el principal elemento vertebrador del sistema de protección social del Antiguo Régimen. Pero no tenía solo un valor espiritual o moral, sino que, al mismo tiempo, cumplía una función social, toda vez que garantizaba la reproducción de la fuerza de trabajo. Por eso, precisamente, los economistas liberales rechazaban la limosna, ya que ayudaba al crecimiento de la población (mayor presión de la demanda de empleo) y por ende a la caída de los salarios. Sin duda, un enfoque superado.

Pero la pobreza no se reduce a la ausencia de comodidades y al sufrimiento físico. Tiene que ver, además, con las circunstancias sociales, laborales y psicológicas de quienes la padecen. Aunque también con la geo-estrategia internacional.

---

Fenómenos como la corrupción tienen que ver más con la pobreza de lo que habitualmente se ha supuesto

---

Por primera vez, el fenómeno de la pobreza amenaza a los países ricos debido a los movimientos migratorios. De un fenómeno localizado en un determinado espacio territorial desdichado, se ha pasado a una cuestión que afecta al planeta, lo que explica

en buena medida los objetivos del milenio. Sin duda, guiados por un noble intento de erradicar la pobreza, aunque no exentos de un cierto interés particular.

No hay que olvidar, sin embargo, que hasta hace relativamente poco tiempo la pobreza absoluta (no la relativa) se observaba desde los países ‘ricos’ como un fenómeno derivado de causas naturales (sequías prolongadas u otras calamidades vinculadas a condicionamientos físicos), y de ahí que se combatiera con la provisión de recursos suficientes en forma de políticas de ayuda al desarrollo. Pero ese enfoque se ha demostrado demasiado simplista y, por supuesto, insuficiente. La lucha contra la pobreza tiende ahora a enmarcarse en políticas integrales que abordan cuestiones como la gobernanza política o económica o la calidad de las instituciones públicas. O dicho lisa y llanamente: fenómenos como la corrupción tienen que ver más con la pobreza de lo que habitualmente se ha supuesto.

Pobreza y corrupción van de la mano, y ya en 1789 la Asamblea Constituyente que surgió de la revolución francesa creó un Comité de Mendicidad que sobrepasaba el ámbito estricto de la caridad para llevarlo directamente al de la justi-

cia. Quiere decir esto que no estamos ante un fenómeno meramente económico, sino sobre todo ante una cuestión de justicia social, y ese es probablemente el enfoque más adecuado para combatir la pobreza. La pobreza es un problema de justicia. Ninguna sociedad democrática donde rige el imperio de la ley puede olvidar esa lacra. No es un asunto privado. El derecho a no ser pobre debe formar parte, por ello, del catálogo de derechos subjetivos que pueden ser demandados ante los tribunales.

García Fajardo, un experto en solidaridad, lo describió de forma magistral hace algún tiempo. Hay cuatro clases de pobres: los que no tienen que comer; los que no tienen acceso a la educación; los que no saben que son pobres, y los que ni siquiera saben que son hombres, personas, sujetos de derechos y de deberes. Mientras que el Nobel Amartya Sen demostró que el hambre no es mera consecuencia de la falta de alimentos básicos o de insalubridad, sino de desigualdades en los mecanismos de distribución.

Las mutaciones que ha sufrido la lucha contra la pobreza son tan relevantes que incluso un instrumento clásico como el Estado del bienestar se ha quedado obsoleto. El Estado del bienestar se ha basado históricamente en poner en marcha políticas redistributivas y en la prestación de servicios públicos de carácter universal (sanidad, educación o desempleo) para evitar la exclusión social, pero la propia realidad de la pobreza lo hace insuficiente si no se aborda un enfoque institucional. La pobreza mata más que la guerra. Y la guerra es un problema político. Por eso, lo eficaz es lograr que la arquitectura institucional de un país evite el fenómeno de la pobreza.

En la jerga económica se suele utilizar el término ‘la maldición del petróleo’ para referirse a países ricos en recursos naturales, pero que tienen en sus tripas enormes bolsas de pobreza, precisamente por ausencia de calidad democrática. Por eso, pensar que la pobreza es un asunto estrictamente económico es el mejor camino para que no se erradique. Sobre todo cuando la propia medición de la pobreza es un asunto cada vez más discutido.

Hay acuerdo entre los expertos en que la pobreza absoluta se produce cuando existe una necesidad de extrema de bienes básicos (alimentos, agua potable, educación o sanidad); mientras que la relativa nace cuando las personas no alcanzan un determinado umbral de renta respecto de la media del territorio. Pero hay otra pobreza más difícil de medir que se refiere a los nuevos problemas sociales, como la soledad, la exclusión social, el desempleo de larga duración, los problemas de salud mental que cada vez definen mejor los perfiles de la pobreza. Por eso, es cada vez más apropiado hablar en términos de índice de desarrollo humano, que en un indicador más representativo. Cada vez hay más maneras de ser pobre.